

ANTECEDENTES.

NO es Guadalajara una ciudad ostentosa, inclinada al boato ni á los oropeles; antes parece un tanto económica y austera. Los suntuosos menajes, trenes fastuosos y trajes riquísimos son apenas conocidos entre nosotros, pues nuestros hábitos sencillos permiten marcar apenas la diferencia que existe entre la fortuna de nuestros próceres y la de nuestros honrados burgueses. Lejos está nuestra capital de ser la Jauja de las modistas, el Paraíso de los tapiceros y la Tierra de promisión de las compañías de ópera.

Hay, por fortuna, otra fase de nuestra existencia común, que no presenta caracteres tan poco brillantes como la anterior; y es la que se refiere á la expansión de nuestros sentimientos humanitarios. De esta magnífica propensión de nuestro temperamento particular, tenemos claras y palpables muestras en los numerosos monumentos levantados en el perímetro de nuestra población, destinados á desarrollar diferentes progra-



FONDO HISTORICO
RICARDO GOVAERUELAS

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

mas caritativos ó filantrópicos. Fuera injusto decir que todo se debe exclusivamente á la iniciativa de determinados individuos de corazón piadoso, que, por mera coincidencia hayan venido á florecer entre nosotros; pues la verdad es que si tales individuos han florecido en nuestro suelo, ha sido porque han encontrado aquí tierra propicia y aire favorable para su desarrollo y florecencia.

Prelados, gobernadores, personas privadas, hoy y ayer, cualesquiera que sean sus ideas políticas ó religiosas, no bien empuñan las riendas de la autoridad, y se encuentran al frente de alguna fortuna, echan á andar por estos mismos caminos, y con emulación digna de alabanza, procuran aventajarse los unos á los otros, por medio de la realización de obras útiles y benéficas para la generalidad. Así hemos visto al Sr. Obispo Alcalde fundar el Hospital, y al Sr. Obispo Cabañas levantar el Hospicio; al Gobernador Don Antonio Escobedo echar los fundamentos de la Penitenciaría, y al Gral. Don Ramón Corona dotar á Guadalajara de un Monte de Piedad; á Don Dionisio Rodríguez consagrar toda su vida á la dirección de la Escuela de Artes y á Don José Palomar ser el alma de la Casa de Caridad.

Significan estos ejemplos, á no dudarlos, que nuestro pueblo ha recibido del cielo el don de la piedad, y que el aire que aquí se respira está impregnado de misericordia.

No es esto decir, bien se entiende, que sea nuestro ánimo disminuir en lo mas mínimo la figura de los insignes benefactores que ha tenido Guadalajara; lejos de nosotros tal propósito, que acusaría perversidad é ingratitude de nuestra parte. Proponémosnos tan sólo por medio de estas reflexiones, poner en claro este hecho: que Jalisco es un Estado humanitario por excelencia.

La tendencia general que aquí se advierte hacia manifestaciones afectivas y prácticas de este linaje, ó hace nacer las mismas disposiciones en los miembros de la sociedad que por cualquier circunstancia desem-

peñan entre nosotros alguna jefatura, en cualquier orden que sea; ó bien las fomenta de un modo poderoso, si las tiene heredadas de la naturaleza. Sin el ambiente favorable que aquí han respirado las grandes almas que nos han dejado monumentos eternos de su caridad, Dios sabe cuántas nobles acciones hubieran abortado ó habrían aparecido desfiguradas y empequeñecidas por obstáculos exteriores. Los grandes hombres, en todas las épocas de la historia y en todos los pueblos de la tierra, no son criaturas exóticas, sin relación con el grupo humano en medio del cual se distinguen; sino, antes por el contrario, la condensación de sus ideas y sentimientos, el verbo de su palabra colectiva, la resultante lógica de sus energías.

Seanos lícito al trazar las presentes líneas, envanecernos con esta consideración: Jalisco está á la altura de sus benefactores.

Así, pues, si bien es cierto que falta lucimiento á nuestra vida social, y que pecamos de severos en nuestras costumbres; también lo es que en todo cuanto se refiere á hacer el bien, proteger á los desgraciados y aliviar dolores, somos espléndidos y magníficos. Díganlo, si no, nuestros establecimientos oficiales de beneficencia, sin rival en la República; díganlo, si no, nuestros establecimientos privados de caridad, hospitales, orfanatorios, hospicios y conferencias distribuidoras de socorros, que son innumerables.

Modestos por el lado de los oropeles, resultamos suntuosos por el de los beneficios; de mezquindad á mezquindad, vale más tener la de lo inútil. Si hemos de reservar nuestras riquezas para prodigarlas en robles y encumbrados objetos, abstengámonos de los refinamientos del lujo y de los deleites de la vanidad.

Recientes sucesos ponen de relieve la verdad de las anteriores observaciones. No bien se emitió la idea de celebrar el centenario del Ilmo. Sr. D. Fr. Antonio Alcalde, cuando la ciudad entera, todo el Estado, y las colonias jaliscienses que existen diseminadas en la República, la acogieron con entusiasmo, y se dieron á

desarrollarla prácticamente, con todo el ardor que corresponde á quien pone de su parte sincero empeño en realizar su propósito. Es que el terreno se hallaba abundantemente preparado para ello, por la propensión genial de los pobladores de nuestro territorio en pro de todo proyecto noble y generoso. Y como se trataba en la ocasión presente, de glorificar la memoria de un grande hombre, conforme á los ideales de su espíritu y de su corazón, entregáronse sin reserva á desarrollar el programa, para mostrar al país, que de dos modos saben franquear el paso á la caridad: practicándola, y enalteciéndola.

Nuestro Estado, además de sus grandes figuras históricas, civiles y militares, venera otras para él no menos queridas, y con cuyo recuerdo no se envanece menos que con el de aquellas: las de sus ilustres benefactores. ¿Qué cosa más natural que el homenaje rendido por un pueblo humanitario, á la memoria de los insignes varones que han ejercido en su seno el sublime apostolado de la misericordia?

La memoria del Sr. Alcalde, muy especialmente, ha sido venerada y querida siempre entre nosotros. No ha cesado nuestro pueblo de repetir su nombre en el siglo que va transcurrido desde que, cargado de años y de buenas obras, salió de este mundo; ni de rendirle el culto ardentísimo de su veneración y de su cariño. Personajes fallecidos con posterioridad al santo obispo, parecen más viejos que él; se recuerdan menos, aparecen mas borrosos y vagos en el alma popular. Diríase que hace pocos años estaba todavía entre nosotros, conforme se recuerdan sus hechos, palabras, facciones y traje; y es que de tal modo dejó impresionado el espíritu de la generalidad, con las virtudes extraordinarias que ejerció y hechos asombrosos que llevó á cabo, que las generaciones emocionadas se han venido transmitiendo sus impresiones directas ó indirectas, con el calor que dan la nobleza de las acciones narradas y la gratitud por los beneficios recibidos.

Hechos de bulto tenemos ante los ojos, que atesti-

guan la exactitud de tal afirmación. Años hace hállase establecida en esta ciudad una asociación religioso-mutualista llamada Sociedad-Alcalde, que funciona con toda regularidad. Sus miembros han formado un fondo común para alivio de sus necesidades, observan prácticas religiosas, visitan enfermos, y celebran año por año una fiesta conmemorativa en honor del inolvidable Prelado, en la cual no se cansan de recordar sus hechos admirables, ni de entonar himnos de gratitud á su memoria.

Cuando cayeron los muros exteriores del Jardín Botánico, situado frente á la fachada principal del Hospital de Belén, no se ocurrió ponerle á aquel otro nombre más que el de tan insigne varón.

Largo tiempo hace, además, que el Ayuntamiento de Guadalajara dió el nombre de Alcalde á una de las calles de la parte occidental de la ciudad, que desemboca en un costado de Belén.

Cuando, hace cinco años, fué derribada la fuente pública construida por el Sr. Alcalde en la plazuela del Santuario, reavivada la memoria del obispo por este hecho, no faltó quien se apresurase á pedir el monolito que la coronaba y las cuatro tortugas monumentales de bronce que le sustentaban, para preservarlas de la destrucción. Fué el Sr. D. Narciso Corvera, vecino del barrio del Santuario, quien reclamó para sí tal concesión. Como entusiasta admirador del piadoso Prelado, quiso conservar aquellas preciosas reliquias impregnadas de su recuerdo.

No contento con esto el Sr. Corvera, propúsose poco después erigir á sus expensas un monumento al mismo Prelado, aprovechando para ello los restos de la fuente destruida; y como no es persona que prescinde de sus propósitos, ni carece de constancia, ni de fortuna para llevarlos á cabo, realizó efectivamente su idea, erigiendo en el atrio mismo del Santuario de Guadalupe, un sencillo, pero hermoso monumento, demasiado suntuoso para haber sido costado por un particular, y símbolo elocuentísimo del entusiasmo

que inspira á quien le levantó, la memoria del ilustre Obispo. No concluían todavía los trabajos de dicha erección, cuando el Sr. D. Alberto Santoscoy, notable historiador y bibliógrafo jalisciense, concibió la feliz idea de celebrar el centenario del Sr. Alcalde. Pareciéndole oportuno apelar al sentimiento público para la realización de tan grande idea, pensó con justicia, que la mejor manera de hacerlo, sería darle publicidad por medio de la prensa periódica. Púsose para esto de acuerdo con el Sr. D. Atilano J. Zavala, redactor de "La Linterna de Diógenes," á fin de que á la vez hiciesen ambos la iniciativa en dos periódicos de la ciudad, fijándose para ello la fecha del 7 de agosto de 1891, precisamente un año antes del centenario que se quería celebrar. El Sr. Zavala, no pudiendo dominar su entusiasmo, echó á volar el pensamiento en "La Linterna" antes de la fecha convenida, pero en realidad bajo la influencia del Sr. Santoscoy.

Hemos querido entrar en estos detalles para aclarar dos cosas importantes: 1.º, que el culto del Sr. Alcalde ha sido constante en nuestro pueblo, de suerte que las festividades que acaban de pasar, deben ser consideradas como la explosión en día oportuno, de un sentimiento tradicional y profundo de los hijos del Estado; y 2.º, que la honra de haber iniciado la idea de esta celebración, corresponde de derecho á las personas siguientes: á D. Narciso Corvera por la erección del monumento, que inspiró al Sr. Santoscoy el grandioso proyecto; al Sr. Santoscoy por haberlo concebido, y al Sr. Zavala por haber sido el primero en publicarlo.

En pos de estas personas vienen el Ayuntamiento de Guadalajara, el Gobierno del Estado, el vecindario de la ciudad, los jaliscienses presentes ó ausentes, y aun las colonias extranjeras residentes entre nosotros: esto es, todo Jalisco, y todo cuanto recibe calor de nuestro Estado.

II.

PREPARATIVOS.

El Cuerpo Municipal de Guadalajara, identificado con los sentimientos generales, y eco fiel de la idea publicada en los periódicos, en una de sus sesiones del mes de mayo del corriente año, tuvo á bien nombrar una comisión de vecinos de la ciudad, á fin de que, unida á otra especial de su mismo seno, designada ya, se encargase de arbitrar recursos, y promover todo lo necesario para la celebración del Centenario, acordada por el mismo Ayuntamiento. Dicha comisión quedó compuesta de la siguiente manera: D. Pablo Navarrete, Dr. D. Abundio Aceves y Dr. D. Luis Merino, municipales, Canónigo Dr. D. Agustín de la Rosa, Cura Dr. D. Ignacio Díaz, Dr. D. Francisco Macías Gutiérrez, Presb. D. Gorgonio Alatorre, D. Narciso Corvera, D. Alberto Santoscoy y Lic. D. José M. Corvera y D. José López-Portillo y Rojas.

Instalóse la Junta el miércoles 25 de dicho mes en el despacho del Sr. Corvera, donde continuó celebrando sus sesiones semanarias con la mayor regularidad;